

¿QUÉ ES PARA LA UNAE ESTAR EN LA AMAZONÍA?

Freddy Javier Álvarez González.
Universidad Nacional de Educación.

Correo electrónico:

freddy.alvarez@unaedu.ec

Resumen:

No se puede ser maestro sin ser un soñador, en tal sentido y como pensaba Rousseau, el maestro es alguien que asegura que el estudiante aprenda algo que antes no sabía. La educación es el paso entre lo que no se es, a alguien que se quiere ser, o debe ser o puede ser. No hay cambio más nuclear que el cambio del ser y éste se anida profundamente en el acto educativo. Los maestros estamos obligados a preguntarnos sobre cómo relacionar el pasado con el presente y el futuro, abriendo la puerta hacia el futuro, evitando encerrarnos en el pasado y haciendo lecturas sensatas del presente. Si no sabemos de dónde venimos, tampoco sabremos a dónde queremos ir, y sí no leemos bien el presente nos alistamos a dar respuestas equivocadas. A pesar de la diversidad y las diferencias, el sentido profundo de la escuela es lo común. No se trata de hacer escuelas diversas sino de hacer escuelas comunes con personas diversas por medio de conocimientos, valores, técnicas, saberes y ciencias. Así, la diversidad no es para edificar escuelas a la medida de cada diversidad, sino para que las diversidades se puedan recrear en lo común y lo común sea la mejor manera de fortalecer las diversidades.

Palabras Claves:

Ciencias, Simbolismo, Mirar, Buen Vivir, Interculturalidad, Multiculturalidad, Amazonía, UNAE, Diversidades, Saberes, Educación, Democracia, Aula, Formación, Futuro, Disciplinas.

Abstract:

You can't be a teacher without being a dreamer, in that sense and as Rousseau thought, the teacher is someone who ensures that the student learns something he didn't know before. Education is the step between what is not, someone who wants to be, or should be or can be. There is no more nuclear change than the change of being and it is deeply nested in the educational act. The teachers are forcing us to ask about how to relate the past to the present and the future, opening the door to the future, avoiding locking ourselves in the past and making sensible readings of the present. If we do not know where we come from, we will not know where we want to go, and if we do not read the present we are ready to give wrong answers. Despite diversity and differences, the deep sense of school is common. It is not a question of making different schools but of making common schools with different people through knowledge, values, techniques, skills and sciences. Thus, diversity is not to build schools to the extent of each diversity, but so that diversities can be recreated in the common and the common is the best way to strengthen diversities.

Keywords:

Science, symbolism, looking, good living, interculturality, multiculturalism, Amazonia, UNAE, diversities, knowledge, education, democracy, classroom, training, future, disciplines.

Todos estamos seguros de ver excepto si sufrimos de ceguera. Sin embargo, podemos ver sin estar seguros de mirar. Ver no es lo mismo que mirar. Ver solo es constatar que hay algo además de nosotros; es solo comprobar sin relacionar con el contexto, aislados de la historia, como si las palabras, las cosas y los seres vivos estuviesen aquí y ahora por arte de magia. Por el contrario, mirar es preguntar haciendo un guiño a Leibniz: *¿Por qué hay algo en lugar de nada?; ¿Por qué, siguiendo a Marx, eso que producen los pueblos no les pertenece?; ¿Por qué, refiriéndonos a Heidegger, no podemos ser sin el mundo y dentro del tiempo?; ¿Por qué, inspirándonos en Said, eso que vemos es lo que quiere el colonizador que miremos?* Quien mira se pregunta por el mundo, sus relaciones, sus negaciones, las ilusiones y las cegueras.

¿Qué es mirar? Primero es un preguntar sobre cómo vemos. En sentido estricto nadie ve la realidad de frente, siempre la vemos con algo, a través de algo y a ese algo le llamamos lentes. Parecería que no podemos ver la realidad de frente y que necesitamos del simbolismo y del imaginario para poder acercarnos a ella. Luego, requerimos del lenguaje para nombrar el mundo y solo cuando lo nombramos podemos verlo. Sin la palabra no sabemos que la naranja es una naranja. En cierto sentido, solo vemos lo que ya ha sido visto he imaginado. Así, lo que vemos está antecedido por la comprensión del mundo y la comprensión del mundo nos viene por las culturas, las ideologías, y actualmente, por los medios de comunicación. Los medios condicionan las percepciones del mirar, haciéndonos creer que mirar no es necesario o que cuando vemos estamos mirando.

Evidentemente miramos la realidad con lentes que han sido fabricados por las culturas, las políticas, las ciencias, las religiones y las ideologías. Cada cultura nos muestra objetos y sus funciones. Si nacimos al lado del río o en la costa o en la montaña, si nacimos en el norte o en el sur o en la frontera, en un país pobre o en un país rico, la mirada sobre los objetos, su estética y sus modos

de apropiación son diferentes e incluso antagónicas. Si la cultura en la que nacimos es blanca, negra, india o mestiza, si nacimos en los años 60 o en los años 90, la percepción sobre nosotros mismos y sobre el mundo no es la misma.

El mirar no suplanta al ver en el conocimiento profundo de las ciencias, como tampoco la percepción desaparece con los estudios exhaustivos; el ver tiene la capacidad de sobrevivir a los sólidos argumentos del mirar. Esto lo saben muy bien los directores de campañas políticas y, en general, los medios de comunicación, y lo usan para posicionar mentiras como verdades. Se cuenta que Niels Bohr, premio Nobel de Física, tenía una herradura en la puerta de su casa y, cuando alguien le preguntó si era supersticioso, contestó negativamente, pero añadió que no la iba a quitar de su puerta pues su influencia sería mayor si se creía en ella. Así que, no es que por ver, dejemos de sostener la mirada, no es porque seamos racionales que dejamos de lado las creencias.

Ver es dividir, mirar es relacionar; ver es abandonarse a la lógica de lo simple, mirar es navegar en la complejidad de la realidad; ver es dejarse atrapar en las regularidades, mirar es fijarse en las fractalidades; ver es tomar fotografías; mirar es situarse en el movimiento.

No entenderíamos lo que es la presencia de la UNAE si no nos arriesgáramos a mirar en lugar de solo ver. Cuando lo que se quiere está determinado por las promesas políticas, el discurso es demagógico y mentiroso; hace parte de un ver simple, lineal y distorsionado. Para escapar de estas miradas anacrónicas, arriesguémonos a mirar: *¿Qué sentido tiene una universidad de educación en zona de frontera, en una región tradicionalmente petrolera, en un lugar donde habitan seis nacionalidades indígenas y que ha sido conformada por colonizaciones internas y por desplazados de la violencia colombiana? ¿Por qué la geografía es tan importante al definir la educación?; ¿Cómo la anterioridad de saberes, luchas, prácticas y poderes condiciona nuestro*



presente y permite construir un mejor futuro o, por el contrario, lo obstaculiza?; ¿Por qué la educación en frontera es una apuesta, a pesar de su carácter geográfico de no lugar?

Partiendo de un mirar con esperanza, pues la educación pertenece a ella, les propongo tres ideas para ampliar y profundizar nuestro mirar: la presencia de la UNAE es una apuesta por la transformación de la educación en la Amazonía; y ésta se dará a partir de la formación de nuevos maestros y nuevas maestras, y la sostenibilidad de dicha transformación se logrará por medio del cambio en las escuelas y colegios de la Amazonía.

PRIMERO: MIRAR A LA UNAE COMO UNA APUESTA POR LA TRANSFORMACIÓN DE LA EDUCACIÓN

Podemos ver lo que tenemos al frente, pero es difícil mirar lo que está al lado y, mucho más complicado, aquello que está detrás de nosotros. El actual presente del mundo tiende a estar marcado por la depresión, y el futuro es incierto porque la promesa del progreso entró en crisis en Europa, generó desastres en Europa del este y frustraciones en América Latina. Por tal motivo, una buena parte de la humanidad tiende, de manera peligrosa, hacia el pasado, creyendo que allí están las respuestas indispensables que necesitamos de forma urgente, y una gran parte ni siquiera se pregunta, pues vive congelada en el *enjoy*.

Mirar a la UNAE implica contrastar nuestras percepciones para obtener una mejor comprensión y ésta se manifiesta por medio de percepciones. ¿Cómo es percibida la UNAE por los habitantes de las provincias amazónicas? Su percepción no escapa a la manera en que ustedes se sitúan en el territorio, en su historia, en su vivir en este no lugar o tercer espacio de Anzaldúa (1987), al tiempo que nos ha tocado vivir, y a la multiculturalidad y diversidad de la geografía, que en diversos aspectos se convirtió en interculturalidad.

La presencia de la UNAE en la Amazonía no es solo la presencia de una universidad, es la presencia de una universidad emblemática dedicada a la formación de docentes. Sin duda que no es causalidad dicha presencia, como ninguna presencia lo es. Estamos aquí, no para trabajar para ustedes, sino para construir con ustedes a partir de una certeza que nos habita al mismo tiempo que navegamos en un mar de incertidumbres. Y es que la educación puede transformar la realidad, pero *¿De qué manera?; ¿A partir de qué variables?; ¿Bajo qué condiciones?; ¿Cómo fortalecer la profesión docente en una Amazonía, ahora deprimida por el precio del petróleo?* Empecemos por una pregunta básica y estructural:

¿Puede la educación en la Amazonía cambiar la realidad?

En la Modernidad la educación fue definida como el paso de la animalidad a la humanidad con Emmanuel Kant. Incluso la educación podía hacer bailar a un oso, según Helvecio. La educación fue el gran invento moderno que podía realizar cambios extraordinarios e insospechados. En efecto, Europa posicionó a la educación dentro de un proyecto civilizatorio, pensándose como el mejor de los mundos al servicio de la emancipación y por medio de la regulación de la ley a través del Estado, dispositivo contradictorio. Al mismo tiempo, en América Latina, la educación era parte indispensable de la liberación de los pueblos, afirmaba Simón Rodríguez, el preceptor del Libertador de América, por tal motivo era imprescindible innovar para no errar. Romper con una sociedad de amos y esclavos requería de las luchas por la Independencia, sin embargo era indispensable la educación para garantizar la libertad. No obstante, la educación fue también la gran maquinaria de la colonización, pues algunos de los bárbaros no podían devenir civilizados, según Sarmiento en Argentina. De tal manera, la educación consistió en asumir una matriz civilizatoria occidental, así, ella fue el modelo para que nuestras culturas adquirieran las costumbres, las ciencias y las ideas de la sociedad occidental,

dejando de lado sus saberes milenarios. Entonces, solo algunos podían ser beneficiarios del cambio, otros deberían adherirse y otros quedarían fuera de cualquier transformación. Luego, no cabe duda de la creencia en el cambio por medio de la educación, pero cabe preguntarnos, *¿Cambiar para qué?; ¿A qué le llamamos cambio?; ¿Qué puede y qué no puede cambiar la educación?*

En la década de los sesenta del siglo pasado se pensaba que no era posible el cambio sin que cambien las estructuras. Los maestros, en ese tiempo, eran agentes sociales y políticos vinculados con los grandes movimientos que pensaron la toma del poder por medio de los partidos. Bajo este enfoque las agremiaciones negociaban con los candidatos de turno para garantizar algunas prebendas dentro de la estructuración de un gobierno. Bourdieu y Passeron estaban seguros que sin la transformación de la sociedad era imposible la transformación de la educación. La educación, por sí misma, no podía lograr la transformación de la sociedad, ya que los dueños de los medios de producción determinaban de manera irrestricta el tipo de sociedad que se quería. Así, la política estuvo por encima de la pedagogía y la profesionalidad se confundió con la militancia y el voluntarismo. El cambio solo podía ser realizado por medio de la política, luego no era posible enseñar sin hacer política (Sosa Jesualdo, La vida de un maestro).

En las últimas dos décadas, una de las más importantes propuestas del cambio en la educación se sitúa en el pensamiento, por consiguiente tal propuesta es radicalmente epistemológica (Morin, 1999), así hoy la pregunta es sobre el origen, la producción, y la validación de los conocimientos, las ideas y los saberes. Actualmente los modelos de aprender a aprender siguen la línea de los cambios en el pensamiento, y el sujeto educable es el centro de los cambios en la educación. Los modos tecnológicos están inscritos en tal empresa pues se trata de mentes conectadas por medios tecnológicos, individuos dispuestos a cambiar dentro del cambio. El lema es cambiar los modos

de pensar, por medio de la interconexión, de la flexibilidad del pensamiento, para invertir la enseñanza por el aprendizaje, y escapar del cartesianismo que solo le da validez a una forma de pensamiento fragmentado, reduccionista, y así romper el modo medieval que reprodujo el magister dixit. Parte del nuevo modelo pasó a estar atravesado por la economía, de ahí que sus efectos deterministas y el carácter de destino hagan parte de los grandes indicadores de las evaluaciones actuales.

La educación para el Buen Vivir es el objetivo de cambio de la UNAE. En cierta forma, ella toma lo mejor de las tres propuestas anteriores al mismo tiempo que las críticas, y genera una nueva propuesta basada en algunos principios provenientes de los pueblos indígenas. Sí la educación siempre está atada a una cultura, el Buen Vivir propone el diálogo entre culturas intentando romper con la Modernidad Colonial. Ninguna cultura puede imponer para otras culturas los significados universales de la educación. Ésta tampoco es la que transforma la sociedad, pero sin educación ningún cambio es sostenible. La educación para el Buen Vivir nos indica que el centro del cambio es la vida, y que lo que se encuentra en riesgo con el cambio climático, el aumento de las desigualdades y el déficit de democracia, es la vida misma. No existe una linealidad determinista entre sociedad y educación, más bien, en la medida que las sociedades cambian, la educación se va transformando, luego, la educación está sometida a la permanente contradicción de adaptarse a la sociedad y transformar al sujeto y la sociedad. El Buen Vivir educativo implica el reconocimiento de formas de aprendizaje comunitarias, sin disolver al sujeto educable y sin perder de vista que la transformación debe dirigirse a las sociedades. Con el Buen Vivir reconocemos otras formas de pensar, otras culturas, otros saberes, las cuales las debemos posicionar en el registro del diálogo con las ciencias y las disciplinas en orden a la resolución de problemas. No existe la ignorancia absoluta ni el saber absoluto como indicaba Freire (2005), sino que todos llegamos al

aula arropados por una serie de conocimientos que deben entrar en diálogo para que exista aprendizaje en torno al Buen Vivir. La educación no puede acontecer sin relación con la naturaleza, pues ella no está fuera de nosotros, es interior a nosotros y nosotros hacemos parte de ella.

Educar para el Buen Vivir es adherirnos al sistema democrático. La educación de hoy ya no es como la de hace diez años. La escuela de los deberes era incontestable, hoy ya no lo es. Meirieu usa la metáfora del avión para señalar el cambio. Antes, ir a la escuela era como subirse a un avión donde la azafata nos indicaba todo lo que teníamos que hacer para un vuelo seguro sin tener ninguna contestación. Hoy en día, la sociedad quiere ingresar a la cabina de mando y exige explicaciones sobre lo que está pasando. Entonces, la democracia dentro del Buen Vivir no se restringe a la libertad de opinión, ella exige el derecho a tener una vida buena, una vida segura, y en paz, a tener el derecho a una educación gratuita y de buena calidad, a que se le respete como persona diversa y diferente, a no destruir la naturaleza y aprender a convivir con ella, tal como lo hacen los pueblos ancestrales, y a pensar y decidir en términos de sociedad. En efecto, una de las primeras consecuencias en la educación para la democracia es que no existe nada que no pueda ser cuestionado, pues ya no estamos en sistemas teocráticos o monárquicos. Por consiguiente, la laicidad actual no es solo impedir que la escuela enseñe dogmas o mitos, o que ella se una a una específica religión, es actuar diariamente en la construcción de verdades, las cuales nunca acceden al carácter de absoluto. En el momento que la escuela sacralice personas, modelos, formas de pensar, ideas, estructuras, instituciones, la democracia está puesta en riesgo.

Los cambios reflexionados en la educación suelen venir mucho después que ocurren los cambios en las sociedades. La educación siempre llega tarde como el pájaro de Minerva. La razón arriba después que la vida ha pasado. Así, los cambios en la educación son secundarios en cuanto al tiempo de reacción, y fundamentales en

cuanto al tiempo de intervención, pues todo ha estado cambiando. Tal situación implica iniciar con una educación que se piense y planifique desde la perspectiva y ya no desde la reacción.

¿Qué está cambiando en la realidad que afecta a la educación?

La Amazonía busca en la UNAE el cambio de la educación para cambiar su realidad, puesto que todos nuestros pueblos merecen una realidad nueva, justa, equitativa, sin embargo estamos obligados a reconocer que todo está cambiando. Por ejemplo, hoy los niños, las niñas y los jóvenes pasan más tiempo en el iPhone, las Tablet, y otros dispositivos electrónicos que en la TV. Existe el cambio de los conocimientos dentro de una misma generación, cuando antes, abuelos, hijos y nietos se identificaban con iguales conocimientos. Los modelos de familia han cambiado: el matrimonio ya no es el destino irreversible de las mujeres, el divorcio está presente en dos de cada tres matrimonios.

El deseo hace parte de la sociedad de mercado e ingresa a las relaciones para quedarse. Marcel Gauchet (2004) habla de la nueva relación entre el sufrimiento, el deseo y el pensamiento. Gauchet dice que en las sociedades tradicionales el hombre sufría en el cuerpo y se liberaba por el pensamiento, o lo que los alemanes llaman el espíritu. La Modernidad colocó el lugar del placer en el espíritu. En las sociedades contemporáneas el hombre goza por el cuerpo y sufre por el espíritu, de ahí que enseñar a pensar resulte revolucionario para nuestras sociedades y pertinente para la educación.

Los maestros estamos confrontados con nuevos fenómenos sociales que advienen de forma rápida y desestabilizadora, sin importar que vivamos en la Amazonía, pues la divina trinidad de la globalización, la occidentalización y el desarrollo es omnipresente y se retroalimenta mutuamente con sus potencialidades, crisis y desvaríos. Frente a los nuevos desafíos, es indispensable encontrar nuevas respuestas, porque ya no nos sirven las respuestas del pasado

inmediato ni tampoco respuestas aisladas y solipsistas. Las desigualdades en el mundo son cada vez mayores, a pesar de que en el Ecuador dichas desigualdades se han ido reduciendo en los últimos años. Hoy la diferencia entre buenos y malos estudiantes es muy grande, pues las desigualdades no están fuera de la escuela. Las mujeres aparecen a la cabeza en cuanto a rendimiento dentro de las instituciones escolares, rompiendo con la fatalidad que se esconde en la patriarcalidad intelectual. Las personas de medios desfavorecidos tienen un mejor rendimiento escolar, y la nominación de pobre no se confunde con la de pobrecito. Aumenta la democratización de la escuela en cuanto al acceso pero disminuye en cuanto a la aprobación o titulación, en efecto, son cada vez más los estudiantes que se retiran o que no quieren seguir en la educación formal. La noción de aula generada en el siglo XIX donde todos deben aprender lo mismo, tener los mismos comportamientos, hacer las mismas pruebas, en un tiempo igual, a pesar de convocar a personas que no aprenden del mismo modo, y que provienen de diferentes culturas, sigue enquistada dentro de la educación. Todavía no imaginamos que podamos educar sin dicha noción de aula.

Para diseñar el proyecto de la educación para el Buen Vivir, requerimos entender mejor lo que está sucediendo. No podemos hacer planes como si nada estuviera pasando, como si las sociedades no estuvieran cambiando. En un mundo globalizado no podemos hacer como si lo que pasara fuera del Ecuador, no tuviera que ver con nosotros. Si los maestros de hoy, fuimos formados con métodos del siglo XX, usamos disciplinas del siglo XIX y nos encontramos todos los días con estudiantes del siglo XXI, vale la pena preguntarnos qué tenemos en común entre estudiantes y maestros. Irónicamente pareciera que lo único común entre los estudiantes y los maestros fuera la televisión o los mensajes que se repiten con banales reflexiones en el Twitter o en el Facebook. Al no tener casi nada en común, las relaciones devienen cada vez más instrumentalizadas. Las sociedades se convirtieron en lugares donde hacemos intercambios de

servicios. Francois Dubet (2010) dice que los padres hoy negocian con sus hijos: tú permaneces con tu hermana y tendrás un dinero de bolsillo. De esta manera, las relaciones interpersonales son subsumidas en formas de negociación, hasta afectar el amor. Las relaciones han devenido profundamente utilitarias: dime qué me das y yo te daré algo a cambio. Así, los actos como el don y la gratuidad son excepcionales, y si son afirmados por la política, ellos devienen subversivos, y advienen como lo más parecido a un milagro.

Las tres lecciones del cambio

De lo anterior podemos arribar a tres conclusiones.

La primera es que la educación por sí misma es una experiencia de transformación de los individuos, por lo tanto, de la sociedad y de la especie. Educar es garantizar no solo la continuación del mundo, como pensaba Hannah Arendt, es también cambiar el mundo, pues un niño o una niña que inicia el itinerario de la educación puede aspirar a construir un planeta diferente, iniciando por el aprendizaje de la escritura, la lectura y las matemáticas, pero no basta solo con ello. Así, la escuela recibe a sujetos que incidirán en la sociedad, y en la especie si educamos para el Buen Vivir. La educación nunca puede aislarse de la sociedad y desconocer la suerte de la especie. La transformación de los individuos por medio de la educación es la certeza para esperar que nuestras realidades vayan transformándose, pues ya no podemos hacer como si la reflexión sobre la especie fuese una opción para el tiempo libre y de manera opcional.

La segunda conclusión es que los múltiples cambios en la sociedades, generados por la omnipotencia de la globalización, de la occidentalización y de desarrollo, nos exigen, a nosotros los educadores, tener conciencia de los cambios que la educación deberá asumir, los cuales pueden ser de dos tipos, de adaptación y de transformación, e integrar tal contradicción en nuestra práctica. La educación debe cambiar

constantemente para contrarrestar los cambios que el mercado busca producir en la educación. No obstante, la fuerza de los cambios del mercado está por encima de la potencia de la educación, por tal motivo el uso de la razón, y la construcción permanente de espacios de reflexión y de innovación, nos ayudan a no perder de vista las finalidades de la educación.

La tercera conclusión es que el cambio no es un elemento aislado en la educación, es quizás el factor más importante. No se puede ser maestro sin ser un soñador, en tal sentido y como pensaba Rousseau, el maestro es alguien que asegura que el estudiante aprenda algo que antes no sabía. La educación es el paso entre lo que no se es, a alguien que se quiere ser, o debe ser o puede ser. No hay cambio más nuclear que el cambio del ser y éste se anida profundamente en el acto educativo.

SEGUNDO, VER EL CAMBIO A PARTIR DE LA EDUCACIÓN IMPLICA NUEVOS CAMBIOS EN LA FORMACIÓN DE MAESTROS

Los cambios en la formación de maestros pueden ser considerados a partir de tres ejes, el eje del espacio tiempo, la innovación y la democratización de la educación afirmada a partir del acceso, la permanencia y la finalización de la educación, y de convertir a los conocimientos en un bien común de la humanidad. El tiempo y el espacio nos abren a la unidad en la diversidad, la innovación a colocar la novedad en relación con las finalidades donde el Buen Vivir sea central, y la democratización no como el menos malo de los sistemas políticos sino como el único posible a partir de la educación y no fuera de ella.

El asunto del tiempo y del espacio en las preguntas sobre el cambio en la formación de maestros

El tiempo y el espacio son las dos dimensiones que atraviesan el actual tiempo de globalización e incertidumbre. No solo que no podemos pensarnos sin el tiempo y dentro de un

espacio, sino que el tiempo y el espacio atraviesan el acto de pensar y lo sostienen, tal como pensaba Kant. Pertenecer al tiempo y a un lugar determinado es descubrir que la manera como hoy nos pensamos y pensamos la educación viene acompañada por nociones hegemónicas como la crisis, la complejidad, la globalidad, entre muchas otras. Así, el pensamiento sufre la contradicción de la in-actualidad a partir de aquello que es común y repetido. Pero, debido a que el tiempo no se puede separar del espacio, éste emerge con la fuerza de la novedad y la pertinencia de los estudios de geografía. El espacio, el gran olvidado por un pensamiento abstracto ligado a una universalidad etérea, se sienta en la mesa del polemos y el diálogo en las universidades.

Las preguntas de hoy no son las mismas de ayer, pues nos encontramos en un mundo donde experimentamos día a día la incertidumbre, la globalización y la aceleración de los cambios. Si antes creíamos saber qué iba a pasar a futuro, hoy ya no nos atrevemos a pronosticar ni siquiera el final de una lid electoral. La globalización iniciada con el mal llamado descubrimiento de América, nos lanzó a la mundialización donde a pesar del reforzamiento de las fronteras en el Norte, las ideas, deseos, consumos, estéticas, e identificaciones, atraviesan los territorios.

Desde el siglo XIX el universo fue pensado y experimentado de forma ordenada, regular y eterna. Todo tenía un por qué y correspondía a explicaciones racionales. Aquello sorprendente era considerado un error. Las anteriores generaciones creyeron que todo iba a ser igual en la línea del tiempo, aún se creía que los cambios no desestabilizarían a las sociedades, pues estos no se sucederían de manera atropellada, como acontece en este momento. Se pensó que todo se podía repetir, pero sobre todo la Teoría de la Evolución de Darwin nos anunciaba un paso inductivo de lo menor a lo mejor, en contra del deductivismo de la teología que va de lo perfecto a lo humano e imperfecto. De la misma manera el progreso debía ser ascendente como la evolución. Además, las

preguntas podían tener respuestas claras y distintas, en coherencia con el método cartesiano.

Contrariamente a lo anterior, las preguntas de hoy suelen no tener respuestas o caen en un silencio, pues el paradigma simple no coincide con la complejidad con la que adviene el mundo y la realidad. Una de las actuales particularidades es que las preguntas superan a las respuestas. Así, ante cuestionamientos sobre *¿Qué hacer para la formación de maestros? o, ¿Es causal la relación entre la formación de maestros y los cambios en la educación?* Hoy reconocemos que el viejo paradigma mecánico, basado en la medición y el cálculo, es incompleto y por lo tanto requerimos de nuevos marcos de interpretación y nuevos enfoques de intervención con otras metodologías y métodos.

El tiempo es una de las cuestiones más importantes para los maestros. La incertidumbre desplegada por la poli-crisis nos cierra la mirada sobre el futuro, por tal motivo existe un fuerte movimiento que busca refugiarse en el pasado. Pasar por encima de las constituciones, volver a la religión, creer que en el pasado inmediato están las respuestas al futuro, son algunas de las manifestaciones comunes ante el miedo que nos provoca el futuro. Por consiguiente se reviven los nacionalismos, los racismos, la xenofobia, y la discriminación, mientras el mundo vuelve a refugiarse en su propia casa, pues se ha avivado el miedo al otro y lo otro de una manera sorprendentemente violenta.

Los maestros estamos obligados a preguntarnos sobre cómo relacionar el pasado con el presente y el futuro, abriendo la puerta hacia el futuro, evitando encerrarnos en el pasado y haciendo lecturas sensatas del presente. Si no sabemos de dónde venimos, tampoco sabremos a dónde queremos ir, y si no leemos bien el presente nos alistamos a dar respuestas equivocadas.

Existe una anterioridad antes de que abramos nuestros manuales de clase. El tiempo inquieta permanentemente nuestro quehacer por el

miedo a convertirnos en obsoletos, a enseñar aquello que no puede ser usado hoy, a no ser escuchados porque las preguntas de nuestros estudiantes son otras, de la misma manera que el espacio nos desviste permanentemente porque los manuales generales pierden sentido en espacios diferentes a aquellos en los que fueron elaborados. Además, la territorialidad emerge como uno de los mayores desafíos. No es lo mismo enseñar en la frontera que en Chuquipata. No es mejor o peor en un lado o en otro, solo que no es lo mismo.

La conciencia del tiempo no se asienta solo en el desafío de los cambios, sino en la pregunta sobre la identidad. *¿Qué permanece y qué debe ir transformándose? ¿Qué queremos cambiar y qué debemos conservar?* son preguntas que debemos hacernos los maestros. Los cambios hoy son vertiginosos, por tal motivo no es extraña la sensación de ebriedad. Todo va pasando tan rápido que no tenemos la posibilidad de comprender lo que está pasando. Debido a esto, podemos asumir la actitud de quien nada se pregunta y simplemente se dedica a experimentar con algunos de los cambios, simplemente por estar de moda, o nos atrevemos a dejarnos cuestionar por la actualidad del tiempo.

En la educación tienen un puesto privilegiado las novedades y el problema no es que los maestros consumamos la mayoría de las novedades, el problema es que nunca colocamos preguntas fundamentales con respecto al acto de educar. De tal manera, la pregunta central va a ser, con todo lo que está pasando, *¿Qué debemos cambiar en nuestro lenguaje, en nuestro currículo, en los modelos pedagógicos, en las formas de relacionarnos con los estudiantes, en el tratamiento de las disciplinas, en los enfoques de las inter-disciplinas y trans-disciplinas?* Al respecto, una pregunta fundamental es saber *¿Qué debemos cambiar dentro del cambio y qué debemos conservar?*

Tenemos que innovar en la formación de maestros pero sin perder de vista las finalidades

La innovación es una de esas palabras nuevas y peligrosas porque al mismo tiempo que todos estamos de acuerdo, tendemos a creer que los significados son los mismos para todos. Por ejemplo, sí innovamos en un mundo capitalista, los significados son distintos a cuando la innovación la pensamos desde el punto de vista de una economía social de los conocimientos.

Innovar es la proclama del cambio. Existen algunos maestros que quieren cambiarlo todo, con el peligro de no cambiar nada, en todo caso el cambio es un requerimiento cotidiano. Sin duda que la educación debe cambiar, pero lo que no podemos arriesgar es perder las finalidades de la educación por el deber de cambiar. Podemos reformular las finalidades, pero siempre requerimos de finalidades. La velocidad de los cambios puede llevarnos a deambular en la experimentación de modelos que colocan en riesgo el mismo acto de educar. En efecto, para ser auténticos revolucionarios debemos tener claros los principios innegociables en los procesos educativos emancipadores.

¿Volver a los fundamentos o crear nuevos fundamentos? Una de las tareas fundamentales de los docentes en el siglo XXI es hacer dicha pregunta desde el aula. El sentido de lo que hacemos solo puede estar en tales fundamentos. Por consiguiente, aprender a leer, escribir o contar no es solo leer, escribir o contar. Cuando una niña escribe, lee y cuenta, inicia la toma de poder sobre su propia vida. Cuando aprendemos a leer podemos verificar, componer, criticar, viajar y descubrir. La lectura nos abre al mundo, nos permite pasar del pensamiento a la imaginación. Cuando escribimos podemos colocar en papel lo que pensamos, y también tomamos distancia de lo que sentimos. Escribir no es lo mismo que hablar porque al escribir podemos separar las palabras, detenernos, recomenzar más tarde. La escritura es la mejor manera de decir cosas que no se pueden expresar de manera directa. Además, con la escritura podemos corregir, mientras que cuando hablamos y nos equivocamos, no hay manera de retroceder. La

escritura contiene el lapso de tiempo propio del acto de pensar.

No se puede innovar si no nos preguntamos sobre las finalidades centrales en educación: ¿Por qué y para qué educamos? En la vieja educación encontramos mucho voluntarismo. Los docentes, como en la vida religiosa, creían que han llegado a ser maestros porque tenían vocación, es casi como si un Dios les llamará, de ahí el problema de asumir algún cuestionamiento del exterior. Por lo tanto bastaría con saber leer, escribir y contar para sacrificarse por la vida de los niños y las niñas. Con la Modernidad el mundo ha devenido meritocrático. Nadie puede estar al frente de un grupo de estudiantes sin un título que lo acredite. La profesión ha suplantado a la vocación desde Weber a fin de evitar que las desigualdades exploten en el aula. Hoy somos más selectivos por medio del conocimiento, colocando un velo sobre la exclusión que en el siglo XIX se realizaba con argumentaciones naturales. Sin embargo, los mismos que ayer no podían acceder a la escuela por incapacidad natural, hoy son excluidos con argumentos meritocráticos. Por lo tanto, necesitamos colocar la meritocracia al servicio de la democratización de la educación y asumir tal contradicción con el fin de incluir y luchar contra las desigualdades en el aula.

Una de las finalidades que aparece en el contexto político y emancipador de la educación es la ciudadanía. ¿Es la ciudadanía el objetivo más importante para la educación? La ciudadanía es un objetivo indiscutible para la educación. Con la educación inicial y básica no estamos solo buscando formar matemáticos, literatos o geógrafos, nos interesa fundamentalmente formar ciudadanos y ciudadanas del mundo, conscientes de sus derechos y responsabilidades, sujetos críticos de los nacionalismos y los comunitarismos, solidarios con los otros y con el planeta, capaces de cuestionar lo normal, con diversas formas de racionalidad crítica, autocrítica, teórica, compleja, creativos e innovadores, forjadores de nuevos e inéditos caminos. La educación para la ciudadanía es una

educación para la cooperación en un mundo donde crece el autismo social (Poulain, Sandkuhler, Triki, 2010), el capitalismo pulsional (Stiegler, 2005) y el capitalismo financiero (Aglietta, Rébérioux, 2004). En consecuencia, la ciudadanía implica la generación de nuevos escenarios pedagógicos que formen a estudiantes sensibles y críticos a los problemas planetarios, regionales y locales, reflexivos para lograr analizar la actualidad de manera compleja, e innovadores para buscar soluciones sustentables.

La educación a la ciudadanía implica la formación en el deseo de aprender en contraste con la pulsión para no devenir objetos de la sociedad de mercado. Así, la educación en la ciudadanía debe integrar a la ética porque no solamente hay acciones que no se pueden hacer, sino porque el acto de educar debe estar anclado en pensar bien, hacer bien y sentir bien.

Para regresar a las finalidades en cuanto a la formación de maestros, debemos hacernos la misma pregunta que se hace el filósofo de la educación Olivier Reboul (2001) en cuanto a ¿Qué es lo que vale la pena ser enseñado y aprendido? Él responde: aquello que libera y une. Pero, ¿Qué es lo que libera? Debemos aprender a enseñar el conocimiento científico pues nos libera de los prejuicios y de las representaciones arcaicas del mundo. También debemos aprender a enseñar otros saberes con otras epistemes pues existen verdades en otras fuentes de sabiduría. Volvamos a aprender a enseñar la historia que nos ayuda a relativizar el presente. Nada de lo que ocurre se puede explicar sin el pasado y todo lo que nos ocurre, pasará, pues nada es eterno, por ejemplo, el Capitalismo tiene una fecha de nacimiento y tendrá una fecha de terminación. Enseñemos a aprender la literatura pues ella tiene el privilegio de narrar la complejidad de la vida, solo ella coloca palabras allí donde solo hay paradojas como por ejemplo, comprender que en el amor está el odio, que en la vida encontramos la muerte o que la razón está entretejida con la locura.

Entre las finalidades, está el acto de comprender en la educación. *¿Qué es comprender en el acto de educar?* Los maestros enseñamos a aprender porque nos mueve la obstinación de educar para que los estudiantes aprendan y comprendan el mundo. No se trata de que los estudiantes aprueben las pruebas o triunfen en cada uno de los años escolares. Para comprender se requiere que los estudiantes construyan imágenes mentales, transformen los objetivos de aprendizaje en indicadores de evaluación formativa, reflexionen para transformar el caos en el mundo, y accedan a lo simbólico a fin de que la palabra se pueda instituir sobre la violencia. El acto de comprender tiene significados concretos para las teorías de aprendizaje.

Los maestros debemos ofrecer un lugar en la institución para las diversidades y diferencias construyendo lo común, y creando puentes de identificación e identidades no cerradas. Del mismo modo, en registro de comprensión, cada uno tiene un nombre, y garantizamos que la escuela sea un lugar seguro. Los maestros definimos espacios y tiempos en los que se puede trabajar con responsabilidad, y formamos el espíritu crítico dentro y fuera de la institución. La comprensión se relaciona con la empatía por tal motivo hacemos de la escuela un lugar donde aprendamos a vivir con otros.

Muchas de las innovaciones dependen del acto de identificar lo que está pasando en las sociedades. En tal sentido uno de los cambios que debemos asumir los maestros de hoy está en diferenciar entre saber y aprender. ¿Qué diferencia existe entre las dos acciones? Hoy tenemos que diferenciar entre saber y aprender para saber qué hacer. Los maestros tenemos el desafío de convertirnos en profesionales de los aprendizajes. Muchas cosas se pueden conocer a través de google y otros buscadores, pero aprender es un aspecto fundamental de la educación. Podemos saber cómo se conduce un auto sin conocer las leyes de la mecánica. Podemos intentar escribir en texto en computadora sin conocer las reglas de la gramática, de hecho respiramos sin conocer las

leyes de la respiración. La función de la escuela está en aprender y aprender es conocer las leyes a profundidad. Muchas cosas se saben sin necesidad de pasar por la escuela, pero si estamos en ella, es para aprender aquello que el saber no explica. Luego, no basta con saber que $2 \times 2 = 4$ debemos conocer el por qué, por lo tanto los maestros estamos obligados a ser profesionales de los aprendizajes bajo el imperativo de que no todos aprenden del mismo modo.

No hay innovaciones sin deseo. El deseo es una de las más importantes irrupciones en la educación que vino con el psico-análisis y con los métodos de la Escuela Nueva. La libertad de aprender de Rogers, Summerhill, y otros, fue el terreno para que el deseo pudiese ingresar en la educación ¿Qué importancia tiene el deseo en el aprendizaje? Los maestros sabemos que aquello que moviliza a los estudiantes es el deseo de comprender el mundo, pero el deseo no puede ser la condición para aprender, tal como lo señala Meirieu, por el contrario educar es provocar el deseo a partir de los aprendizajes. El deseo tampoco es un medio de manipulación, es el medio para que los estudiantes descubran la familiaridad con el mundo, lo hagan propio, y en ese mundo propio puedan construirse su propio lugar. En consecuencia, toda educación de tipo bancario, tal como lo advirtió Freire, anclada en la noción de mercado, es una educación que convierte al mundo en una mercancía para consumir, donde la pulsión se confunde con el deseo, por consiguiente es una educación que no merece ser enseñada.

La innovación no es un milagro de genios, debe devenir la acción normal de la escuela contemporánea. Sin embargo, con la innovación siempre existe una gran dificultad advertida por el pedagogo checo Comenius en el siglo XVII: “antes que una innovación sorprendente se produzca, las gentes no pueden imaginarse que ésta pueda tener lugar, pero cuando ésta sucede, ellos se sorprenden del hecho que no pueda haber ocurrido antes”. Sorprendentemente la innovación abre el futuro y rompe con el fatalismo del pasado y el presente a pesar de que surge como un secreto

donde el pasado impidió su nacimiento. No obstante, las innovaciones suelen ir acompañadas de la incredulidad institucional cuya dinámica casi siempre cae en el conservadurismo. No olvidemos que el Rey Hierón se reía de Arquímedes cuando le dijo que él podía mover un barco que cien hombres no podrían.

Formar maestros para democratizar las sociedades por medio de hacer del acto de pensar un medio necesario y radical

La democratización de la educación es uno de los desafíos actuales más importantes para el mundo. En sentido estricto, el mayor reto que tenemos los maestros hoy en día es la democratización de la escuela. Frente a esto tenemos dos retos; uno, debemos diseñar escuelas donde todos puedan ingresar; y otro, al mismo tiempo estamos obligados a ser exigentes en ella. La democracia no puede estar peleada con la exigencia, o la meritocracia no es antagonista de la democracia siempre que la primera no forme una élite y solo sea entendida como esfuerzo. Requerimos de los mejores docentes para que la democracia no caiga en la masificación de la mediocridad y a esto le llamamos “mejor”. Luego, la democracia solo puede estar acompañada de exigencias para la formación del mejor cuerpo docente.

La democracia requiere de ciudadanos que piensen el mundo. Para lograr el equilibrio entre la exigencia y la democracia debemos evitar que a la escuela solo ingresen quienes no necesitan educación. La escuela de la exclusión pertenece a la escuela de la Economía del Mercado. Por lo tanto, la escolaridad debe ser universal y obligatoria y en estos ámbitos no se debe recusar a nadie. La apuesta más auténtica de los pedagogos es por quienes no tienen educación, por quienes son dejados fuera de la escuela, aquellos que fueron desde siempre excluidos porque la sociedad los declaró in-educables, pues tal como señala el texto de los niños de Barbiana, la escuela se comporta como un hospital que cura a los que tienen buena salud, y coloca fuera a los enfermos.

Así, la escuela que excluye lo que hace es preparar bombas de tiempo.

La educación para la democracia exige que los maestros seamos pastores de culturas y desde este lugar de responsabilidad, generar espacios educativos y didácticos para unir. En un mundo en el que los conocimientos se multiplican al infinito, es importante escoger cuáles de los conocimientos deben estar en el aula con el fin de salir de la dispersión demente a la que nos enfrentamos permanentemente. Sabemos que en la música nos podemos encontrar con nuestras emociones de amor, alegría, tristeza, euforia, nostalgia y dolor. La investigación y el placer de analizar un conjunto de problemas donde las disciplinas sean los vehículos para encontrar respuestas, es un lugar ideal de unión. Pero, más allá de la música y de la investigación está la transformación del mundo. Hacer de la educación un lugar para la transformación de la sociedad es abrir un espacio para que la educación libere y nos una. Dicha transformación la tenemos que hacer más allá de las culturas porque sabemos que, a pesar de que nos reconozcamos dentro de una cultura específica, toda cultura contiene zonas oscuras, límites para construir un estatuto de humanidad sin exclusiones, racismo o discriminaciones, por lo tanto, la crítica y la autocrítica son los vehículos para lograr ir más allá de los límites que la definición occidental de humanidad ha sido y viene siendo impuesta.

Por último, uno de los mayores desafíos de una educación para la democracia es la apuesta por pensar y para pensar en tiempos de democracia requerimos escapar a la condena de la posmodernidad. Ella sospechó de la razón, sin embargo debemos preguntarnos ¿Qué importancia tiene pensar en la educación? Sin duda, los maestros debemos usar la razón para deliberar, para entrar en comunicación con los estudiantes. Pero no basta con afirmar nuestro compromiso con la racionalidad. La razón del aula debe ser proba, es decir, la razón debe ceñirse a la ética y no la ética a la razón.

Requerimos que los maestros hagan uso de una razón proba, como la define Meirieu, lo cual significa que no usemos una razón para manipular, ni para engañar y menos para imponernos sobre los otros como si fuera un principio de superioridad. Tampoco es una razón en relación con la institucionalidad o basada en el principio de autoridad. No tenemos la razón porque somos maestros, tampoco porque nos hemos formado y tenemos un título, la razón no se tiene, es un medio y como medio está sujeta a la verificación de la ética, sin abandonar, por supuesto, su exigencia epistemológica. Algunos principios de la razón propuestos por Meirieu son los siguientes:

El primer principio es no-infalibilidad: el maestro no tiene la razón y los demás están equivocados, la razón no la tiene el más fuerte, la razón no pertenece a quien más grita, o a los blancos y hombres occidentales. Todos nos podemos equivocar, también los maestros; todos podemos caer en cegueras, errores e ilusiones, así, nadie está exento de equivocarse. Los maestros debemos usar este principio para situar la razón como medio. Luego, si los maestros nos podemos equivocar cualquiera de nuestros argumentos debe estar sometido a la crítica y a la autocrítica.

El segundo principio es no-oportunismo: si la razón la usamos los maestros para manipular, o para pasar por encima de otros, entonces el acto de pensar no es racional. No podemos autodenominarnos racionales si lo que hacemos es para buscar provecho personal, o para ganar un juicio injusto, o para imponer nuestros argumentos.

El tercer principio es la imparcialidad: los maestros no podemos privilegiar a alguien en el aula, o porque hace todo lo que le digamos, o porque es dócil, o porque es del mismo país, o del mismo género, o porque lo consideramos víctima. Con la razón no podemos favorecer a un determinado grupo o personas. La razón debe buscar la imparcialidad, a pesar de advertir que toda observación involucra al observador. No le damos la razón a alguien por ser blanco, o porque

somos eurocéntricos, o por ser indígena, o por ser mujer o por ser afro-descendiente. La razón depende de las argumentaciones razonables y sensatas.

El cuarto principio es la equidad: siempre hay argumentos que no son escuchados porque existen prejuicios que los dejan en segundo plano o los convierten en errados o invisibles. Debemos ser equitativos. Los argumentos de los débiles, extranjeros, pobres, discriminados, explotados, colonizados, y de los aplastados por el capitalismo son también válidos.

TERCERO, VER LA ESCUELA DEL BUEN VIVIR COMO EL LUGAR DE TRANSFORMACIÓN DE LA EDUCACIÓN

La formación de maestros ha sido pensada y diseñada por la UNAE, pues es su misión impulsada para superar las deficiencias que tiene la educación ecuatoriana, las cuales se han reproducido desde siempre, y no es por los años de experiencia que estas desaparecen, más bien ellas se repiten regularmente. Pero también tales deficiencias provienen del contexto y de la historia de desigualdad, exclusión y pobreza de América Latina. No obstante, el principal alcance sobre la formación de formadores no se encuentra directamente en los mismos maestros, es la escuela el lugar central hacia el cual se dirige la formación de maestros.

Las Escuelas del Milenio, y del siglo XXI hacen parte del cambio en la educación inspirada en el Buen Vivir, sabiendo que la formación de maestros es la clave de dicha transformación. Hemos construido una excelente infraestructura pero todavía nos falta formar a los maestros que necesita el siglo XXI. Siendo central el objetivo de la formación de maestros, otras variables son indispensables, además de la infraestructura, como buenos salarios, los cuales se han mejorado notablemente, el apoyo de las autoridades, políticas públicas adecuadas, etc.

La formación de maestros sería infructuosa sino pensáramos en la transformación de la escuela. Podemos formar excelentes maestros pero sin escuelas pertinentes, los cambios no están garantizados. *¿En qué consiste el cambio de la educación a partir de la transformación de la escuela?* La escuela es la célula más importante y central de cualquier sistema de educación, es también el lugar donde se refleja más la sociedad, pues sus problemas, aciertos y ambigüedades suelen recaer en ella, la mayoría de veces para ponerla en peligro de convertirla en anacrónica y algunas veces para obligarla a repensarse. En efecto, el desafío mayor de la escuela es que ella misma sea un laboratorio para la construcción de la nueva sociedad, no obstante, sus movimientos cotidianos obedecen a la necesidad de crear respuestas inmediatas, y la mayoría de las veces la escuela suele continuar como si afuera no ocurriera nada.

En tanto que parte del sistema, la escuela está compuesta por múltiples, diversos y heterogéneos componentes, los cuales interactúan con otros sistemas como el contexto, las culturas, las asociaciones de padres de familia, entre otros, los cuales dependen de otros sistemas como las direcciones de distritos o circuitos que dependen de los ministerios de educación, las políticas del Estado, las leyes, las normativas, etc. El sistema-escuela interactúa con otros sistemas que dependen del capitalismo y la sociedad. El bullying, la anorexia, el consumismo, la individualización, el Facebook, el Twitter, Instagram, son algunas de estas nuevas formas en las que encontramos a los estudiantes - adolescentes dentro del mundo contemporáneo. Luego, la escuela no es una máquina, no funciona de tal manera, tampoco es una isla. Nos equivocamos cuando suponemos que las órdenes de los jefes son obedecidas ciegamente por los subalternos, o cuando consideramos que en la escuela solo sucede aquello que nosotros queremos que ocurra.

La escuela es el primer lugar de educación formal, pues existen diversas formas de educación,

algunas de modalidad informal se sitúan fuera de la escuela. La formalidad de la escuela nunca ha podido hacer desaparecer las modalidades informales de la educación, pues pocas veces ha intentado acercarse a éstas para comprender por qué las sociedades las requieren. Uno de los mayores desafíos actuales de la educación formal es usar los medios y las estrategias de la informalidad para educar, lo cual será un reto en los próximos años, dada la impresionante demanda que tiene la educación al mismo tiempo que crece la deserción estudiantil. En otras palabras, la educación informal seguirá creciendo de forma proporcional al ingreso en la educación formal.

La coherencia nos hace fuertes, por tal motivo los maestros que formamos en la perspectiva del Buen Vivir, requieren escuelas del Buen Vivir. Pero *¿Qué es diseñar una Escuela del Buen Vivir?* La Escuela del Buen Vivir procura la unidad en la diversidad. De hecho la escuela junta personas diversas y pueblos diferentes. Por ejemplo, en la Amazonía están seis nacionalidades indígenas con seis lenguas diversas, migrantes lojanos que vinieron por la sequía del siglo pasado, lo mismo miles de migrantes manabitas atraídos por el petróleo y también miles de colombianos desplazados por la violencia. La diversidad es también biológica y geográfica pues dentro de su territorio está una de las reservas de biodiversidad más importantes del mundo, el Yasuní. Sin embargo, a pesar de la diversidad y las diferencias, el sentido profundo de la escuela es lo común. No se trata de hacer escuelas diversas sino de hacer escuelas comunes con personas diversas por medio de conocimientos, valores, técnicas, saberes y ciencias. Así, la diversidad no es para edificar escuelas a la medida de cada diversidad, sino para que las diversidades se puedan recrear en lo común y lo común sea la mejor manera de fortalecer las diversidades.

La Escuela del Buen Vivir no es un lugar de verdades dogmáticas. El hecho de ser el lugar de lo común implica tener pocas reglas, primordialmente aquellas que hacen parte de la libertad y la seguridad de los estudiantes. La

Escuela del Buen Vivir está regida por la ley fundadora que prohíbe todo tipo de violencia, en consecuencia, en ella estamos obligados a negociar, discutir, argumentar y debatir. No se trata de que las diferencias desaparezcan, pues lo común solo es posible donde existe la diversidad. Pero debido al hecho de que somos diversos, tenemos que negociar para que un grupo o una cultura no se impongan sobre las otras. Discutimos en la escuela común porque todas las culturas contienen elementos tóxicos que impiden la interculturalidad e inhiben el paso hacia la definición de lo común. Si no aprendemos a argumentar se impone el argumento de la fuerza sobre la fuerza de la argumentación y si aquello que entendemos por común elimina la diversidad, en realidad estamos en el ámbito de la homogeneización.

La Escuela del Buen Vivir está proyectada hacia la sociedad, pues la escuela no es una familia. En la escuela se aprende la relación con los otros, las otras y lo otro sin tener que recurrir a la autoridad familiar. En la Escuela la palabra de cada uno debe estar examinada en relación con la verdad y no en función del estatuto de aquel que lo enuncia, pues en la familia se reproducen las jerarquías y en la Escuela se aprende la igualdad y la equidad.

El déficit democrático es un déficit de la escuela, por lo tanto, es por la Escuela del Buen Vivir por donde debemos iniciar. De ahí que el trabajo de los maestros tenga una incidencia directa sobre la vida social y política de un país. El amor por la lectura, la escritura, la pasión por la ciencia no debe diferir de la pasión por las artes y del compromiso social. Tomar en cuenta los problemas dentro de una perspectiva académica, científica y pedagógica es una cuestión vital. Debemos ser coherentes con los fundamentos de la educación y hacer de la Escuela un lugar donde se reflexionen las necesidades sociales. No se trata de ir más allá, porque no es bueno para la Escuela desconocer los desafíos contemporáneos de la sociedad.



La Escuela del Buen Vivir es una escuela de calidad en un sentido radicalmente nuevo y articulado con la humanidad. El Buen Vivir educativo implica aprender los conocimientos científicos, hacer posible el diálogo de saberes, y las artes, el devenir en el lugar donde nos encontramos desde y con nuestras diversidades. No hay Buen Vivir sin democracia y en la escuela democrática nadie queda fuera ni en el inicio, y menos en el devenir de los respectivos estudios. La Escuela de calidad para el Buen Vivir es el lugar donde no quedan fuera las mujeres, las diversidades sexuales, las personas con discapacidad, los indígenas y los afroecuatorianos. Construir la democracia en la escuela es incluir y garantizar la finalización de los estudios de todos los futuros ciudadanos.

Antes, la pluralidad fue un obstáculo para la construcción del Estado - Nación, hoy es un valor. El pluralismo ha creado situaciones complejas en todos los países, fruto de ello es el miedo que se sobrepone a la acogida al diferente. El miedo emerge hoy en día como la forma específica de la política mundial. La Escuela del Buen Vivir propone la interculturalidad como la forma privilegiada de relacionarnos con el otro, la otra y lo otro sin posturas de superioridad, sin miedos, abiertos a lo indecible. Se trata de una interculturalidad que puede imaginar una educación sin fronteras, ni límites, donde todos los conocimientos y las experiencias puedan ser conocidos y experimentados por quienes así lo deseen. Para hacer factible la interculturalidad debemos escapar del acto educativo que confundió la educación con llenar la cabeza, en lugar de una cabeza bien puesta como lo sugirió Montaigne.

La cabeza bien puesta de la Educación para el Buen Vivir es una obligación ahora, que por primera vez en la historia del mundo, los conocimientos van más rápido que la duración de una generación. La distancia existente entre el pasado y el futuro es cada vez más grande, así lo afirmó Kafka. Nuestra herencia ya no tiene ningún testamento, por la rapidez con la que suceden las cosas. Antes podíamos citar una cultura común

entre los jóvenes y los adultos, esto ya no puede sostenerse más. La filiación genealógica se rompió, motivo por el cual los jóvenes rechazan toda transmisión autoritaria, pues ellos ahora se creen capaces de decidir sobre su propia vida.

La Educación en el marco del Buen Vivir no es el fortalecimiento de las comunidades o las etnias. El rompimiento de las relaciones sociales hace que hoy las juventudes tiendan a desaparecer en su nicho. Cada uno quiere abandonarse a su grupo funcional. La multiplicación de comunidades y tribus, coloca en peligro la conformación de la sociedad. La diferencia entre comunidad y sociedad es que las comunidades unen a las personas por afinidades, mientras que las sociedades unen a las personas en las diferencias por lo que siempre es necesario buscar lo común, por lo tanto, nunca socializaremos multiplicando las comunidades. En las comunidades estamos juntos por temas afectivos, en la sociedad y sus instituciones se instaura el derecho a hacer posible la diversidad, además, las instituciones contienen garantías elementales de respeto, y condiciones de posibilidad para la vida y el desarrollo integral de cada uno.

En todas las sociedades se recrean particularismos en todas sus formas y manifestaciones. La Escuela del Buen Vivir no fue creada para luchar contra tales particularismos, o aplastar a las culturas locales. La Escuela del Buen Vivir tiene la misión de construir universales a partir del fortalecimiento de la vida en todas sus formas, en consecuencia ella lucha pedagógicamente contra aquellos aspectos que dentro de cada cultura impiden o destruyen la vida de los otros y las otras y lo otro. Dichos universales buscan sostener la igualdad, por ello rechaza las corporaciones para afirmar el valor de los pueblos, crítica a la familia para evitar la jerarquía de los apellidos, y se posiciona contra la desigualdad de las condiciones de aprendizaje creadas por el elitismo, para dar a todos las mismas posibilidades y condiciones.



Por último, la Escuela del Buen Vivir no ofrece servicios, ella es una institución que garantiza derechos. Por consiguiente, ella se opone a la reproducción de los intereses individuales, pues la escuela es un asunto público. En tal sentido, es importante no caer en la trampa de la privatización. En consecuencia, la escuela no se mide por la satisfacción de los clientes, la escuela pública se instituye para garantizar el derecho a la educación de todos y todas, y sobre todo el derecho de los más pobres y excluidos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aglieta, M. et Rébérioux A. (2004). *Dérives du Capitalisme Financier*, Paris: Albin Michel.

Dubet, F. (2010). *Sociología de la experiencia*, Madrid: UCM editorial complutense.

Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido*, México: Editores Siglo XXI, segunda edición.

Gauchet, M. (2004). *Un monde désenchanté*, Paris: Les éditions de l'atelier.

Meirieu, P. (2015). *Où vont les pédagogues*, Paris: ESF éditeurs.

Morin, E. (1999). *Los siete saberes para la educación del futuro*, Barcelona: Paidós.

Poual, J., Snadkuhler, H., et Triki, F. (2010). *Justice, droit et Justification, perspectives transculturelles*, Frankfurt: Peter Lang.

Reboul, O. (2001). *La philosophie de l'Éducation*, Paris: Presses Universitaires de France.

Stiegler, B. (2005). *La catastrophe du sensible*, Paris: Galilée.

Sosa, J. (1937). *La vida de un maestro*, Uruguay: Ediciones Trilce.